



La Santa Sede

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL VI ENCUENTRO INTERNACIONAL
DE OBISPOS Y SACERDOTES AMIGOS DE LA COMUNIDAD DE SAN EGIDIO**

Al venerado hermano

Monseñor VINCENZO PAGLIA

Obispo de Terni-Narni-Amelia

1. Mientras está a punto de concluir el VI encuentro internacional de obispos y sacerdotes amigos de la Comunidad de San Egidio, deseo enviarle a usted y a todos los participantes mi cordial saludo. Os habéis reunido en Roma, provenientes de diversos países, para vivir juntos momentos de reflexión y de oración en un clima de fraternidad, enriquecido también por la presencia de responsables de otras Iglesias y comunidades eclesiales. Os une el vínculo con la Comunidad de San Egidio, asociación que desde hace treinta y seis años presta un apreciado servicio de evangelización y de caridad en la ciudad de Roma y en otras localidades de Europa, África, América Latina y Asia. Sus múltiples actividades son particularmente valiosas en este momento histórico, en el que se siente la urgencia de anunciar y testimoniar el evangelio de la caridad a todos los pueblos, superando dificultades, obstáculos e incomprensiones, hoy dramáticamente presentes.

Por tanto, muy oportunamente vuestra reflexión durante estos días se ha centrado precisamente en el tema: "El evangelio de la caridad", reconociendo en él el mensaje de esperanza que es preciso llevar sobre todo a los pobres, aún muy numerosos, a pesar del bienestar generalizado existente en varios países.

2. Mi venerado predecesor el beato [Juan XXIII](#) solía decir que la Iglesia es de todos, pero de modo especial de los pobres, haciéndose eco de la bienaventuranza evangélica: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios" (Lc 6, 20). El reino de Dios pertenece a los pobres, los cuales, según algunos santos Padres, pueden ser nuestros abogados ante Dios. Por ejemplo, san Gregorio Magno, comentando la parábola del rico epulón y

del pobre Lázaro, escribe: "Cada día podemos encontrar a Lázaro, si lo buscamos, y cada día nos encontramos con él, incluso sin ponernos a buscarlo. Los pobres, que podrán interceder por nosotros en el último día, se nos presentan también de modo inoportuno y nos hacen peticiones... Ved bien que no conviene rechazarlos, dado que quienes nos piden algo son nuestros posibles protectores. Por tanto, no desaprovechéis las ocasiones de obrar con misericordia" (*Hom. in evangelia*, 40, 10: *PL* 76, 1309).

En el libro del Sirácida leemos: "La oración del pobre va de su boca a los oídos de Dios, y el juicio divino no se deja esperar" (*Si* 21, 5); y el Evangelio afirma claramente que, en el juicio final, el Señor del universo dirá a los que estén a su derecha: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme" (*Mt* 25, 35-36).

3. Con ferviente oración imploremos la sabiduría evangélica que nos permite comprender el vínculo de amor que une a los pobres con Jesús y sus discípulos. En efecto, el divino Maestro usa el término "hermano" para indicar a los discípulos y a los pobres, abrazándolos en un único círculo de amor. ¡Sí! Para el discípulo de Cristo el pobre es un hermano, al que debe acoger y amar, no un extraño al cual dedicar, ocasionalmente, sólo algunos momentos de atención. Además, los pobres son nuestros "maestros"; nos ayudan a comprender lo que todos somos en presencia de Dios: mendigos de amor y salvación.

Venerado hermano, que el amor a los pobres siga siendo el signo distintivo de la Comunidad de San Egidio y de cuantos quieren compartir su espíritu. Que cada uno se haga "prójimo" de los que se encuentran en dificultades; así experimentará la verdad de las palabras de la Biblia: "Hay mayor felicidad en dar que en recibir" (*Hch* 20, 35).

Mientras aseguro mi oración, invoco sobre cada uno de vosotros la protección materna de María y envío a todos una especial bendición apostólica, extendiéndola de buen grado a las personas con quienes cada uno de vosotros se encuentre en su ministerio pastoral diario.

Vaticano, 7 de febrero de 2004

JUAN PABLO II